

Atracción fatal: ambientalismo y estatismo

ALDEMARO ROMERO DIAZ

EL NAC. 22/9/92

Una de las grandes verdades de nuestros tiempos es que el desarrollo de una sociedad ambientalmente sana es imposible fuera de un régimen de libertades plenas.

La caída de la cortina de hierro, el retorno de la democracia a Chile y la desaparición de las barreras comerciales de México con sus vecinos del Norte, han demostrado cómo los Estados totalitarios o semitotalitarios, debilitan la calidad de vida de sus ciudadanos a través de la destrucción del ambiente.

Esos Estados comparten dos características: por un lado son dueños, en forma monopólica, de empresas altamente contaminantes; por otra, tienen un modelo estatista según el cual el gobierno puede vigilarse a sí mismo. Pero se olvidan que sólo por el hecho de que el zorro tiene experiencia con las gallinas eso no lo califica para que las cuide.

Y ese es el caso de Venezuela. Nuestro país genera cerca de 200.000 toneladas de desechos tóxicos cuyo destino es un misterio, ya que no sólo no tenemos ni una sola planta de manejo y disposición de ellos sino, lo que es peor, lo que ocurre con los mismos es un secreto de Estado. ¿La razón?: el principal generador de esa contaminación es nuestra industria petrolera, la misma que, a pesar de producir y exportar gasolina sin plomo, nos la sigue vendiendo con plomo envenenando así el aire que respiramos, poniendo en peligro la salud de nuestros niños, como se demuestra en los estudios más recientes, los cuales, por supuesto, también son un secreto de Estado.

¿Por qué esto ocurre en un país "democrático" como el nuestro? Muy sencillo: la nuestra no es una democracia real, sólo aparente. Democracia no es participar en un carnaval electoral cada cinco años, sino exigir a nuestros gobernantes que cumplan con sus responsabilidades y, de no hacerlo, castigarles

por ello. Pero eso es imposible en un régimen estatista. Democracia significa que sea la sociedad civil la que vigile las acciones del Estado.

En Venezuela, el ente oficial a cargo de vigilar que todos, sin excepción, cumplan con sus obligaciones ambientales es el Ministerio del Ambiente, el mismo que tiene la responsabilidad de proveernos de agua, pero que cada vez lo hace en menor cantidad y peor calidad. Esta situación, que sería intolerable en un régimen de libertades plenas, ocurre aquí por una simple razón: el Estado pretende vigilarse a sí mismo y se arroja de apariencias de ambientalista con el concurso de grupos que por su orientación ideológica, generalmente marxista, no se atreven a desafiar ese modelo estatista.

Por ello, en un país como el nuestro con una democracia tan incipiente, un ministro del Ambiente nunca enfrentará con coraje los desmanes de las empresas del Estado. Por el contrario, debe actuar en forma condescendiente para con las transgresiones ecológicas de las autodenominadas empresas "básicas".

¡Nuestro país está viviendo momentos convulsos que traerán cambios. Qué tipos de cambios y cuándo se producirán, eso nadie lo sabe. Lo que sí sabemos es que la mayoría quiere una transición rápida y sin traumas hacia un modelo de sociedad donde el ambiente sea uno de los parámetros para medir la efectividad del gobierno. Pero para llegar a ello tenemos que alejarnos de los modelos estatistas (marxistas, fascistas o sus formas diluidas) que han fracasado en Venezuela y otras partes del mundo.

La única vía de lograrlo es la de poder gobernarlos a nosotros mismos, no que sea una minoría la que nos gobierne y ello sólo será posible con una sociedad fuertemente organizada que evite que el Estado se interese más por sí mismo que por el bienestar de los ciudadanos.